

Medio ambiente y desarrollo en una sociedad globalizada

María Novo (*)

La problemática ambiental que presenta nuestro planeta al comenzar el siglo XXI se hace evidente en la destrucción de múltiples ecosistemas, la contaminación creciente del aire, agua y suelos, la pérdida de biodiversidad (ecológica y cultural) y, cómo no, en las demandas crecientes de quienes carecen de acceso a los recursos más elementales para una vida digna

Estos problemas pueden ser contemplados en sí mismos, como expresión de un modelo de utilización de los recursos y de organización de la vida económica y social, pero también necesitan ser contextualizados, vistos en su escenario, y éste no es otro que la sociedad de la globalización económica neoliberal en la que estamos viviendo.

Una correcta interpretación de la crisis ambiental plantea, entonces, la conveniencia de atender a ambos enfoques para comprender en toda su profundidad los fenómenos e intentar vislumbrar vías alternativas para su tratamiento.

En el primer caso, si analizamos el modelo mal llamado “de desarrollo” que nos ha conducido a la crisis, enseguida nos topamos con otro concepto –“desarrollismo”– que responde con más precisión a las concepciones y estrategias que, en general, han guiado las políticas económicas durante la segunda mitad del siglo XX: producir más, consumir más, y aceptar que “más es siempre mejor”.

En el marco de ese modelo, la idea de progreso occidental –que es la que se ha impuesto al resto del mundo- se ha centrado en la potenciación del desarrollo científico-tecnológico al margen de preguntas éticas, y en una burda identificación del consumo con el bienestar, todo ello en torno a un supuesto central que, pese a haberse mostrado a todas luces erróneo, persiste peligrosamente en las mentes de quienes gobiernan nuestras economías. Este supuesto no es otro que la identificación del crecimiento económico con el desarrollo.

No existe ninguna ley, ni en la Naturaleza ni en el mundo social, que demuestre que el crecimiento sin límites de cualquier magnitud signifique una mejora de los sistemas afectados. Bien al contrario, hay en todo el funcionamiento de lo vivo, y también de lo social, unos umbrales a partir de los cuales “más” deja de ser “mejor”, porque se rompen los “números mágicos” en los que se mantiene el equilibrio óptimo de los sistemas.

Esta reflexión es especialmente importante para el sector económico, un subsistema del sistema Tierra. En efecto, si la Tierra es un sistema cerrado que no crece, parece obvio que el subsistema económico, en su interior, no puede crecer indefinidamente. Ello no significa, claro está, que no pueda seguir desarrollándose a través de la reorientación de prioridades, el reequilibrio en el acceso a los recursos, una mayor eficiencia en el consumo, etc.

Porque el crecimiento cuantitativo y la mejora cualitativa obedecen a leyes distintas. Si nuestro planeta se desarrolla en el curso del tiempo, pero no crece, la economía tendrá que ajustarse, como señala Goodland, a un patrón semejante de desarrollo sin crecimiento del gasto de recursos y el impacto ambiental. Parece que la hora de esta adaptación ha llegado ya.

Ello implica que, en algunos ámbitos del planeta que tienen cubiertas con creces sus necesidades básicas, el desarrollo sin crecimiento debería ser contemplado como un horizonte de sostenibilidad. Esto requeriría un fortalecimiento de las instituciones sociales y una recuperación, por parte de los ciudadanos, de su condición de “partícipes”, más allá de la de “consumidores” a la que quiere relegarnos el mercado mundial.

Y al hablar de mercado mundial enlazamos con el segundo tema de la crisis: el escenario. Este no es otro que la sociedad de la globalización económica, un ámbito de enormes desequilibrios ecológicos y sociales que muestra, de un lado, a mil millones de personas carentes de agua potable y recursos básicos y, de otro, a unas cuantas compañías transnacionales que controlan prácticamente la mayor parte de los bienes productivos del planeta. Una sociedad, ésta, en la que, en palabras de Nelson Mandela, “unos son los globalizadores y otros los globalizados”.

Las compañías transnacionales han dejado de ser meras productoras y exportadoras de mercancías y servicios para crear una infraestructura mundial de producción y distribución cuyo valor supera a los 2 billones de dólares. Como señalan Chomsky y Dietrich el panorama ha cambiado radicalmente, pues si en el pasado se podía hablar de una cierta “integración superficial de flujos comerciales”, ahora estamos constatando la implantación de un verdadero “sistema internacional de producción organizado por las corporaciones transnacionales”.

Y no sólo de producción, ni de compra-venta de mercancías. En el actual escenario global asistimos a un tránsito creciente desde relaciones de comercio inter-nacional a otras de carácter inter-empresarial y, más recientemente, a la proliferación de transacciones meramente especulativas en las que se mueve capital financiero por un volumen aproximado de 1 billón de dólares diario, en un mercado internacional que no cierra nunca.

Este proceso de mercantilización de la vida general problemas de muy graves consecuencias: enormes diferencias de renta y acceso a los recursos entre ciudadanos de una y otra parte del mundo; deslocalización de la actividad productiva (las corporaciones transnacionales buscan mano de obra barata y lugares en los que la legislación ambiental no sea estricta); disminución de las conquistas sociales del estado del bienestar allí donde existían; recorte de los servicios públicos en las economías de los países industrializados...

En este panorama global, el mercado, la producción, se apoya en los bienes de la Naturaleza, pero la Naturaleza es “invisible” a la economía. No se toman en cuenta ni la destrucción ambiental, ni la extinción de especies y culturas, ni la acumulación de desechos en países del Sur...

Todo ello toma la forma de una inmensa “huella ecológica y social” que las economías desarrolladas trazan sobre los países en vías de desarrollo quienes, a su vez, perciben este fenómeno como el origen de la “deuda ecológica” que el Norte tiene contraída con ellos como consecuencia de largos intercambios ecológicamente desiguales y de los daños ambientales y sociales con los que se ha impactado en sus regiones para la extracción de recursos.

Desarrollismo, especulación financiera, deslocalización de la producción, pérdida de biodiversidad, huella ecológica, deuda ecológica... Estos son sólo algunos de los exponentes de una sociedad global gravemente desequilibrada en la que, para que el capital “vaya para arriba”, la dinámica de las empresas transnacionales consiste en “ir hacia abajo” en todos los sentidos, como señala gráficamente García Roca.

El capital financiero “vuela” hoy de un lugar a otro sin control y crea, con ello, una situación nueva y peligrosa: la economía se hace cada vez más autónoma respecto de la política; los

gobiernos pierden soberanía sobre las cuestiones económicas fundamentales y, como resultado de todo ello, la economía se va independizando de los controles democráticos y son los mercados los que, cada vez más, organizan la vida de las gentes.

Siendo éste un gran problema, todavía hay, como indica Martín Seco, algo más grave. Lo más grave de la globalización económica es que los estados pierden soberanía (primer problema) pero no tenemos instituciones supranacionales que asuman esa soberanía perdida y ejerzan un control efectivo sobre los movimientos de capital. Éste es el segundo problema, asociado al primero, que pone de relieve la importancia de movimientos como ATTAC y otros similares que, aglutinados en el Foro de Porto Alegre, no sólo plantean la inviabilidad de esta situación sino que presentan ofertas y exhiben experiencias en las cuales se vislumbran vías alternativas de desarrollo.

Necesitamos transitar hacia una búsqueda imaginativa de principios y estrategias que hagan mas habitable este planeta para todos, también para las 4/5 partes de la humanidad que padecen escasez y deterioro ambiental de sus entornos.

Este nuevo enfoque exige cambios drásticos en el uso de los recursos naturales y en la distribución y acceso a los mismos. Pero parece evidente que un desarrollo como el que necesita el Sur sólo será posible si se concilia con una reordenación de los valores y criterios que rigen las economías globales desde el Norte y un nuevo marco de prioridades donde el beneficio de unos pocos y la destrucción ambiental dejen de ser las pre-condiciones de las políticas económicas.

Estamos enfrentados al reto de imaginar y poner en práctica un nuevo concepto y una nueva gestión del desarrollo, orientados por principios de sostenibilidad global y local. Parece que quienes gobiernan la economía siguen, salvo honrosas y esperanzadoras excepciones, ajenos a esta evidencia. Cada día se hace más importante el papel de la sociedad civil organizada para plantear frontalmente las grandes preguntas que se perdieron (y se siguen perdiendo) en la trayectoria economicista neoliberal, interrogantes que deberían informar inexcusablemente cualquier decisión económica: son los “para qué”, los “cómo” y los “para quién” del desarrollo.

(*) **María Novo** tiene a su cargo la Cátedra UNESCO de Educación Ambiental en la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Educación medioambiental

Los educadores ambientales pueden ayudar a comprender a niños y jóvenes las contradicciones de nuestra sociedad, y vislumbrar con sus alumnos, en procesos compartidos, las vías alternativas que conducen hacia modos de vida más equilibrados ecológicamente y más equitativos socialmente. Educar sobre el medio ambiente y el desarrollo, y ser conscientes de que lo hacemos en el escenario de una sociedad globalizada, nos compromete así a no eludir en nuestros programas la grave crisis ambiental que vive el planeta, y a constituirnos en agentes activos del cambio. Porque, como aprendimos del maestro Perroux: “el desarrollo son todos los desarrollos”, no el de unos cuantos a costa del resto de la humanidad y de la destrucción ambiental.